

na, muy delicada para que vayamos a entregarla a quien no la merezca de veras, a quien no sepa apreciarla en lo mucho que ella vale.

Recuerdo que siempre la has mirado con ojos paternos, pero pienso también, que nunca has sido difícil de contentar; y si tú no estás anuente a dejarla casarse con ese individuo. ¡Cómo se opondrá tu mamá!

Dicen que Marta lo ama en silencio, que está perdida por él. ¿Es cierto? Mas, de cualquier modo, como ella es inteligente, a pesar de la ceguera de Cupido puede que te oiga, que aquél no era sordo, y le dé largas al coronamiento de su idilio; no se precipitará como loca en lo desconocido, estoy seguro; no le corre prisa; el matrimonio será más adelante, mucho más adelante, y con quien no pueda jamás aplicársele el dicho de Byron: el amor es al matrimonio lo que el vino al vinagre. Tiene Marta belleza y juventud qué lucir y gozar. Las rosas están muy bien por la mañana en el rosal; es en todo caso una crueldad troncharlas para que languidezcan lejos de sus hermanas las flores, y lejos del jardín en donde nacieron, aunque se las ponga en rico vaso o en el ojal de un elegante paletó. En su estación madura el café. ¿Que el tiempo se va y con él la belleza, y entra la vejez más pronto y más implacable para la mujer? No lo niego; pero la vejez no la sorprenderá soltera, ni se habrá privado de guardar en el cofrecillo de los recuerdos tantos como pudo recoger para endulzar el crepúsculo de su vida. Y, querido Luis, te prometo una cosa, que me gustaría se la comunicases a Marta: que como quiera ella, no se quedará sin marido, porque hay quien sueña y suspira convencido de que sería felicísimo al lado de ella, adorándola en un hogar propio, que no la olvida un instante y presume de valer más que Alfredo, lo que no es mucho presumir. Dale a leer estos párrafos; cuéntale lo que sabes; dile que me

pregunte quién es el soñador; y quizá, si me autorizan, lo sabrá. El soñador, aunque tiene cierto desparpajo, es en estas andanzas un poco encogido.

Amigo, ahora quiero hablar de tí, que también, y mucho me interesan tus asuntos. No me volviste a decir palabra de Felicia, desde hace meses; no obstante creo tener derecho a preguntarte en qué pararon tus relaciones con ella. ¿Siguen viento en popa, empleando tus figuras? Felicia es señorita de todo mi agrado, y me parece que sería muy digna compañera tuya, aunque estas cosas no las saben o comprenden otros que los interesados mismos.

Mi tardanza en contestarte no debió ser motivo suficiente para que pararas tus misivas y me dejaras ayuno de lo que a ustedes concierne. ¿Tendré que escribirle a Marta para que sea ella con su linda letra quien me imponga de lo que más me interesa de nuestra patria, de las cosas de ustedes? Proponle eso a ver qué resuelve; te aliviará la pereza. ¿La mamá está buena? Te ruego que le des a leer esta, y le repitas una vez más, y no me cansaré de repetírselo, que la quiero como a una segunda madre, que nunca olvidaré las bondades que me dispensó, y los consuelos con que aplacó mis tristezas y envalentonó mis apocamientos mientras viví con ustedes. Puedes darle la noticia de que mi salud es excelente, que marchó con muy buen pie y los buenos negocios me cercan. A propósito, y perdona que no termine sin causarte molestias: pasa a visitar al contratista de los caballos. Quiero que me digas cómo llegaron las bestias y si los coches han gustado en esa. Recuérdale que debe girarme el saldo por el correo más próximo, pues aquí me cobran con impaciencia, y como la cantidad adeudada es regular no la puedo suplir en su totalidad.

Ponme a los pies de Marta y dile que aguardo contestación de ella a mis observaciones en lo que le co-